

vida libre de violencia —acorde con los mandatos de los instrumentos internacionales, la carta magna y la legislación secundaria— y abatir el clima de impunidad. Según las cifras más conservadoras, hubo 80 mil manifestantes.

Al día siguiente se llevó a cabo un paro de mujeres. Esa mitad de la población optó por quedarse en casa con el único propósito de hacer visible el trabajo que realiza cotidianamente y que, precisamente, suele ser ignorado y devaluado. La elección de ese día fue totalmente consciente: las mujeres decidimos quedarnos en casa.

Los espacios sociales

La modernidad trajo consigo, entre muchas otras cosas, la división de los espacios sociales. El espacio público, donde se realiza el trabajo remunerado, la participación política y el ejercicio de los derechos ciudadanos, está claramente asociado con los hombres y lo que se considera masculino. Nancy Fraser habla de dos funciones fundamentales del ciudadano: el debate público (parlamentario) y la defensa del territorio. Ambos roles —orador y soldado— son claramente masculinos.

En contraste, el espacio privado está asociado con la intimidad, la tranquilidad y la seguridad. El descanso del guerrero, se decía en el siglo XIX. Al concluir la jornada laboral, con todas sus exigencias y vicisitudes, el ciudadano puede llegar a un lugar que le pertenece en toda su extensión, donde puede dar órdenes y hacerse obedecer. El espacio privado es también masculino. La filósofa española Celia Amorós afirma que es justamente el espacio privado lo que permite a los hombres actuar como iguales en el ámbito público (equipotentes). Todos los hombres, desde el empresario más adinerado hasta el último de los peones, son amos y señores de un espacio privado, donde sus mandatos no se cuestionan.

¿Y qué pasa entonces con las mujeres? Sin duda alguna, estamos en ambos espacios. Cada vez es mayor el porcentaje de mujeres que asisten a la universidad, realizan un trabajo remunerado, tienen una cuenta de banco o desempeñan un cargo de representación política. No importa qué tan extendida esté la presencia de las mujeres en el ámbito público, se sigue considerando una anomalía. Por ello se les cuestiona cómo hacen compatible la función pública con la crianza de los hijos y el manejo del hogar, se les critica la forma de vestir o actuar; se vigila cada uno de sus movimientos.

Paralelamente, las mujeres tienen la función de organizar el mundo privado. Con independencia de las responsabilidades laborales o comunitarias que tengan, son las encargadas de hacer las compras (directamente o por encargo), preparar alimentos, limpiar la casa, entre otras muchas actividades. Por eso se habla de una doble jornada: en el mundo privado y en el público.

Las mujeres, además, son las responsables del bienestar emocional de la familia. En tanto los hombres tienen asignado el mandato de la provisión económica, las mujeres deben hacerse cargo de la organización de la casa, la supervisión de las actividades escolares, la salud, la nutrición, la recreación. Estas funciones, en un contexto de confinamiento, plantean una enorme exigencia, aun si se trata de una familia armónica y bien integrada.

El encierro

¿Qué pasa en una situación de confinamiento? ¿Qué sucede cuando las personas no pueden salir de un espacio determinado? ¿Florecen la solidaridad, la empatía y el compañerismo? ¿O, más bien, dominan el egoísmo y la arrogancia? Estas preguntas han generado un gran interés tanto en las ciencias sociales como en el arte. Se han estudiado contextos

específicos: campos de concentración, cárceles, hospitales psiquiátricos y, en el marco de los estudios de género, también la casa.

En el cine, en 1962, Luis Buñuel dirigió la película *El ángel exterminador*. En una fiesta privada, un reducido número de personas ricas y educadas, de pronto, no pueden salir de una habitación. El trato cortés, la amabilidad y los buenos modales desaparecen junto con la vergüenza y el pudor. El cautiverio impone un solo mandato: la sobrevivencia.

En la literatura, hace casi un siglo que Virginia Woolf escribió *Una habitación propia*. En esa obra extraordinaria, Woolf analiza las condiciones en que las mujeres pueden dedicarse a la escritura, y reivindica, junto con la estabilidad económica, el derecho indiscutible a cerrar la puerta. De nuevo, el confinamiento por elección.

Casi a mitad del siglo XX, Albert Camus publicó *La peste*. En la pequeña ciudad de Oran, cuando surge una epidemia feroz, se dan cita el encierro y la violencia. En algún momento, la disyuntiva es morir por contagio o morir de hambre. El dilema surge de una realidad incontestable: la miseria es más fuerte que el miedo.

En el campo de las ciencias sociales, Foucault es un referente indispensable para entender la función de los espacios, los modernos sistemas de vigilancia, el carácter circulante del poder. En *Vigilar y castigar*, el autor subraya el papel del Estado: emite una determinada normatividad, vigila su cumplimiento y, en caso de desobediencia, aplica una sanción. El Estado delega ambas funciones en el jefe de familia —por lo regular un varón adulto—, quien da órdenes y sanciona cualquier forma de rebeldía; a veces los mandatos no son muy precisos, pero las y los integrantes del grupo saben lo que se espera de ellos: han interiorizado la obediencia. Esto es particularmente claro cuando la violencia se ha instalado en el hogar.

Quedarse en casa

Los hechos son innegables: decenas de miles de muertes, desempleo, subempleo, pobreza, enfermedades, duelo. La pandemia ha traído consigo muchas pérdidas. Junto con las vidas humanas que se han apagado abruptamente, hemos perdido empleos, ingresos, salud, bienestar, alimentos. Hemos perdido amigos, espacios de convivencia, incluso conversaciones anodinas. Sobre todo, hemos perdido certezas. Si hay algo que envuelve todas nuestras vivencias, es justamente la incertidumbre.

Las emociones pueden ser más engañosas. Sabemos que hay miedo, angustia, coraje, tristeza, desesperación, ansiedad, abulia, impotencia. Y sabemos también que su expresión varía según los mandatos de género. Así, las mujeres tienen una suerte de permiso social para expresar tristeza o angustia, pero no enojo. Los hombres, paralelamente, pasan toda emoción por el rasero de la ira; si sienten miedo, tristeza, ansiedad o impotencia expresan únicamente un intenso coraje. En las relaciones de pareja la tristeza y la furia conviven con distintos ropajes.

El confinamiento impone serias dificultades, en especial si no hemos aprendido cuestiones básicas como expresar necesidades o deseos, marcar límites, solicitar apoyo de manera respetuosa, etcétera. Si antes de la pandemia la familia convivía unas cuantas horas al anochecer y los fines de semana, ahora todo está a prueba: la paciencia, la comunicación, el respeto, el amor. Como en *El ángel exterminador*, de Buñuel, el único mandato puede ser la sobrevivencia. Y las únicas puertas que se abren de par en par son las que le dan entrada a la violencia.

El maltrato en una pareja no surge abruptamente. Se construye día con día en un proceso circular. En 1979 Leonore Walker propuso un modelo para explicar esta dinámica, en la que hay alternancia entre maltrato y afecto. En una fase de armonía relativa surgen tensiones y conflictos por múltiples motivos. Los conflictos son inevitables y pueden ayudarnos a

desarrollar una comunicación asertiva. Pero si en lugar de ello hay gritos, insultos y portazos, es muy probable que en algún momento se produzca un estallido de golpes. La primera vez hay sorpresa e indignación; las disculpas y promesas de cambio conducen a la reconciliación y una suerte de luna de miel, hasta llegar de nuevo a la armonía relativa. La comunicación es la gran ausente. A medida que la violencia gana terreno, las vueltas al círculo son más rápidas e incompletas: se omiten el perdón y la reconciliación. Con el tiempo, todo es tensión, gritos, insultos y golpes. El conflicto, soterrado o explícito, se sigue robusteciendo. La violencia es progresiva y muchas veces mortal.

La violencia en casa

El maltrato hacia las mujeres en el espacio doméstico es un fenómeno real. Permaneció oculto hasta que muchas mujeres, en los años sesenta del siglo XX, rompieron el silencio y lograron que el tema llegara a la agenda pública. Hubo reformas civiles y penales, se promulgaron leyes específicas —de manera destacada la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia— y se crearon centros de atención a víctimas en varias entidades federativas. Los casos muestran que la violencia atraviesa clases sociales, niveles educativos y ocupaciones. La Encuesta Nacional sobre la Dinámica y las Relaciones en los Hogares (2017) reveló que el 66% de las mujeres mayores de 15 años han sufrido violencia alguna vez en su vida; 41% refirió violencia sexual, y 34% violencia física. Las cifras hablan por sí solas: los hogares son sitios violentos.

Si en la cotidianidad la violencia está en casa, en tiempos de cuarentena las cifras aumentan. Los hombres enfrentan pérdidas tanto materiales (empleo, recursos) como subjetivas. Con el encierro aumenta el consumo de alcohol y las necesidades emocionales del grupo familiar, que, tradicionalmente, recaen en las mujeres. Aunque todavía no hay información detallada disponible, se sabe que aun en las parejas armónicas y bien avenidas han aumentado las

tensiones, los conflictos y distintas expresiones de violencia psicológica. En las parejas donde ya existía violencia psicológica o económica, durante el confinamiento se han producido estallidos de golpes que, además, han aumentado en frecuencia y severidad. En las parejas donde ya existía violencia física y sexual el aire se ha vuelto irrespirable. Han aumentado las llamadas al 911 en un 80%, y las solicitudes de refugio en un 50%. Asimismo, hay muchas mujeres que no pueden pedir apoyo porque no tienen acceso a las redes digitales y aun hablar por teléfono puede implicar un riesgo.

Las respuestas institucionales

En alguna conferencia matutina, el presidente del país dijo que la familia mexicana sabía convivir fraternalmente. En otra ocasión dijo que el 90% de las llamadas de auxilio por violencia familiar eran falsas. Después de negar, minimizar y descalificar, el gobierno de la República implementó la campaña “Cuenta hasta diez”. El mensaje es claro: respira, cuenta hasta 10 y saca la bandera blanca de paz. La iniciativa ha sido severamente criticada. Primero, se recicla una campaña de hace varias décadas para evitar el maltrato a las hijas e hijos. Pero lo más grave es que habla de la violencia en la familia como si se diera en todas las direcciones posibles y coloca a las mujeres, de entrada, como perpetradoras del maltrato.

Entonces, es importante recordar lo que sucedió unos días antes de entrar en cuarentena: decenas de miles de mujeres denunciaron la violencia de género y enfatizaron su carácter estructural.

La Red Nacional Feminista convocó a manifestaciones virtuales en contra de la violencia hacia las mujeres y la inaceptable respuesta del gobierno federal. #Nosotras tenemos otros datos, enunció, en una cuenta hasta 10, los derechos básicos de las mujeres, que se condensan en la prerrogativa fundamental a una vida libre de violencia.

Se ha señalado también que los refugios para mujeres maltratadas, las líneas de emergencia y cualquier mecanismo de prevención y atención a víctimas de violencia deben considerarse esenciales.

Parece una verdad perogrullesca, pero a veces se nos olvida: quienes pueden parar la violencia son, justamente, los perpetradores. Las campañas de prevención deben estar dirigidas a los hombres, para hacerles ver que la violencia de género es, a todas luces, inadmisibile.